

## CHILE

### Insólita democracia\*

No sería exagerado llamar a Chile la escuela de la democracia latinoamericana. Desde hace tiempo ha experimentado soluciones políticas originales para la región, superando errores sobre la marcha y enfrentándose a los problemas que resultan de su economía abierta, dependiente de los mercados mundiales, un intenso proceso inflacionario, etcétera. Entre los caminos ensayados se cuenta el triunfo de un frente popular izquierdista en las elecciones de 1938, un gobierno ligado a la tecnocracia empresarial (Alessandri en 1958), y el primer caso en toda la región de un gobierno democristiano, independientemente de que ya en 1952, antes del gobierno de Frei y de la ALPRO, se había proclamado —y frustrado— un programa de “revolución en libertad”.

En verdad, la lucha sostenida por las fuerzas populares ha sido

larga. Ya desde fines de los años treinta (los primeros años del “frentismo” en Chile coinciden con el gobierno de Lázaro Cárdenas) el partido socialista llegó a controlar, él sólo, un 20% del electorado, y en las elecciones de 1941 los partidos socialista y comunista alcanzaron nada menos que el 32% de los votos. Es claro que esta situación era totalmente desconocida para Latinoamérica. El triunfo electoral de la izquierda en 1970 no resulta, entonces, extraño.

Aníbal Pinto ofrece una aproximación histórica de este apasionante proceso en las primeras páginas de este libro sobre la situación actual de Chile. Su lectura nos sitúa en una realidad totalmente ajena, casi incomprensible en un país de habla hispana: libre juego de partidos, una población fundamentalmente urbana, sindicatos independientes,

\* Aníbal Pinto, *et al.*, CHILE HOY. Siglo Veintiuno Editores, México, 1970. 407 pp.

larga tradición de luchas obreras. En una palabra: madurez política.

Desde las primeras páginas, sin embargo, Pinto advierte que el adelanto político es apenas una parte del proceso. Aparentemente, este adelanto no ha llevado a cambios en la estructura económica chilena, hasta ahora, a diferencia de otros países latinoamericanos donde, según él, "*parece resaltar el fenómeno inverso, esto es, el de cambios relativamente rápidos y profundos de la base productiva y un rezago meridiano en la adecuación correspondiente a las condiciones sociales y políticas*" (p. 5). Habría que agregar que los cambios que Pinto llama rápidos y profundos no han bastado para solucionar viejos y todavía más profundos problemas: la dependencia, la disparidad en el crecimiento de los diversos sectores, la concentración de la riqueza y del ingreso.

Pero, volviendo a la historia chilena, el examen de las particulares condiciones históricas desde la independencia (1830-60) arroja diferencias claras con los demás países de la región; superación de la etapa "*caudillista-militar*", un sistema agrario más débil con terratenientes relativamente pobres, una oligarquía estrecha pero no cerrada, atenuación del conflicto entre liberales y conservadores, importancia del papel del estado desde el principio (gobierno de Diego Portales en el decenio 1830-40) con un carácter fundamentalmente civil. Además, la gestación temprana de un proletariado liga-

do al sector exportador (*minería*), con el correspondiente surgimiento de partidos obreros. Una llamada "*república conservadora*" resulta bastante progresista para su época, iniciando políticas proteccionistas e introduciendo los primeros ferrocarriles públicos en América Latina.

Es conocido que la crisis de 1929 afectó a Chile mucho más que a cualquier otra economía exportadora en el mundo, y es precisamente la conmoción resultante de la caída de las exportaciones lo que lleva al establecimiento de una efímera "*república socialista*", que no evita el acercamiento posterior entre demócratas y marxistas, durante la expansión del fascismo. Este acercamiento sería el antecesor de la actual *Unidad Popular* (en las condiciones mexicanas, una coalición semejante tuvo efectos totalmente distintos: la integración del movimiento obrero al aparato público gubernamental y el fortalecimiento del PRI).

En otro apartado, "Conflicto político y estructura social", Falletto y Ruiz establecen correlaciones estadísticas entre los distintos partidos y las zonas del país, de acuerdo con los niveles de ingreso y el tipo de actividad económica dominante. Así se comprueba que el Partido Socialista, por ejemplo, se vincula a sectores sociales de alguna manera excluidos por el intenso proceso de concentración en la economía. Al relacionar la estructura social con los canales de expresión política, surge un análisis muy interesante: la expli-

cación de las diversas alianzas entre los partidos sobre la base del comportamiento de las clases, y desde el punto de vista del antagonismo entre el sector moderno y el tradicional. Reflexión obligada: en este caso las masas empobrecidas pueden expresar su inconformidad a través del apoyo a un partido *real*, de izquierda. ¿Cómo lo harán en los casos en que concentración de capital y antidemocracia son uno y el mismo proceso?

En lo que se refiere a la base productiva, descrita en otros ensayos, se destaca una gran concentración de capital y un agudo desequilibrio entre los llamados sector moderno y tradicional. "*Dentro de una tasa de expansión relativamente baja para la economía nacional, del 4 a 5% de aumento anual del producto global, se pueden señalar ritmos de crecimiento del 8 o más por ciento en el sector moderno*" (p. 221). Víctor Brodershon analiza el proceso de concentración en las distintas ramas industriales, así como la participación del capital extranjero, con cifras muy útiles (aunque no muy recientes): "*los sueldos y salarios, que en 1960 constituían un 33.7% del valor agregado bruto de la industria manufacturera bajan su participación en 1964 al 30.0%; mientras que las utilidades brutas suben del 56.7% en 1960 a ... 60.4% en 1964*". Algunas señales

de un periodo de estancamiento, que ocurre después de agotar la etapa de sustitución de bienes de consumo, acentúan el interés del sistema por la integración de las masas marginadas, o sea, hacia la profundización y ampliación del mercado interno, conocido como raquítrico, así como hacia una política de empleo. Para ello, se vuelve indispensable afectar las relaciones de poder, proceso que parece muy difícil en otros países, pero no en Chile. Este contexto económico marca algunas de las posibilidades del gobierno de Salvador Allende, pero de ninguna manera sus límites, dados más bien por el apoyo del pueblo y el aprovechamiento de las distintas coyunturas nacionales e internacionales.

Parece inútil subrayar la importancia que tiene el estudio de la actual experiencia chilena para todos los latinoamericanos, no sólo en sus diferencias, sino en sus similitudes, que no son pocas, sobre todo en lo que se refiere a la estructura de clases, con todos los efectos de una industria artesanal, una aristocracia obrera, los sectores ligados al exterior, diversos niveles de tecnificación, necesidad de una reforma agraria, existencia de monopolios, etcétera, los problemas estructurales parecen no diferir mucho de los de otros países del área; las soluciones que se adopten sí pueden ser distintas. MIGUEL SANDOVAL.